

LAIS

Boletín del Oratorio de Albacete

Núm. 104

ABRIL

Año 1972

SUMARIO

***P**ASCUA es la primavera de la Iglesia; la primavera es la pascua de la naturaleza. Finalmente, en la última Pascua –en el último, definitivo “paso” de Cristo– todo convergerá en Dios. Mientras tanto, en el tiempo, es hora de secundar el impulso del constante amanecer de la vida, siempre refloreciendo, prometedora de frutos que serán la cosecha de Dios: unidad, paz, todo bien, hasta ser renovada la faz de la tierra. En la Iglesia ya están los que viven y anuncian la primavera de Dios.*

MÁS ALLÁ DEL PAN	2
COMO UNA FLOR	3
JUZGAR A LA IGLESIA	5
UNA NUEVA PRIMAVERA	9
HASTA QUE VUELVA	10
LA PLENITUD DEL EVANGELIO	11
¿CRISIS DE VOCACIONES?	13
EL BUEN EJEMPLO Y EL MAL EJEMPLO	15
LA PAZ, SIN MIEDO	17
EL MENDIGO, de Rabindranath Tagore	19
LA PAZ, del Mensaje Pascual de Pablo VI	20



Más allá del pan...

Son versos de Pablo Neruda:

...como en una tela
las líneas ocultaron,
con el color, la trama
del tejido,
yo borro los colores
y busco hasta encontrar
el tejido profundo:
así también encuentro
la unidad de los hombres.
Y en el pan busco
más allá de la forma:
me gusta el pan, lo muerdo
y entonces veo el trigo,
los trigales tempranos,
la verde forma
de la primavera,
las raíces, el agua,
por eso
más allá del pan,
veo la tierra,
el agua, el hombre,
y así todo lo pruebo
buscándote en todo,
ando, nado, navego
hasta encontrarte,
y entonces me pregunto
cómo te llamas...



Hoy, muchos de los que "con sincero corazón" buscan al hombre en sus raíces más puras, no se dan cuenta que están buscando a Dios; a un Dios amigo del hombre, al hombre-Dios, a Jesucristo. Esas voces, para el que sepa recogerlas, anuncian una era nueva, más que el tradicional voltear de las campanas, más que la presentida música de los ángeles: ángel es el mismo hombre para sus hermanos, y campanario su cuerpo y campana su corazón cuando voltea y lanza el sonido hacia la luz de una fraternidad universal tiempo ha anunciada, pero creída aún con timidez, como aquellos caminantes de Emaús.

Es Pascua. Siempre es Pascua. ¡Enhorabuena, hermanos! Y caminemos volteando el corazón, hasta más allá de las posadas terrenas, donde el partir el pan signifique la liberación de todo temor, en el paso iluminado de la fe, al infinito, no dado todavía.

En esperanza el trigo va creciendo, "la verde forma de la primavera". ■

Como una flor

EN la primavera del tiempo y en el barranco del mundo, como una flor que crece y zarandea el viento mientras busca altura, la Iglesia se hace y sube purificándose, respirando cielo para devolverlo en perfume de Dios a la tierra que la entorna.

Como una flor, con raíces terrenas, profundizadas en el humus provisional de las humanas limitaciones, es mecida por el aire cambiante del mundo que deviene, glotón y miedoso al mismo tiempo, exigente y asustado, ávido de seguridad pero esquivo a los compromisos, pronto a la crítica y lento para el esfuerzo.

Como una flor en el barranco de codicias, miedos, vanidades y mentiras que salpican o hieren su tallo, la Iglesia también deviene. La Iglesia es tanto una realidad como un proyecto: y más que exigirle hay que darle, más que admirarla hay que hacerla. Se engaña el que le pide rotundez acabada: ella crece todavía; los cambios que le impone su crecimiento, no son corrupción o regreso, sino purificación y fidelidad. Fidelidad a su origen y

fidelidad al Espíritu que sobre la plasticidad del tiempo, le inspira la forma de anunciar la verdad constante del Evangelio.

De vez en cuando, si esta verdad se hace incómoda a quien la ignora o a quien la teme, como disparo de resorte dormido de todas las pasiones y fari-seísmos humanos, se desatan ráfagas, silbidos de látigo que la hostigan y abaten. Pero no pasa nada, no puede morir: el sacudimiento del dolor la limpia del polvo que le pesaba y la desfiguraba, o le arranca las telarañas de plata, disfraz comparsero de la vanidad del mundo, "ataduras de la Palabra", diría san Pablo, para que recortara o silenciara la verdad.

La Iglesia, como una flor, así entrevista ya por los profetas, no es un adorno del mundo, sino el perfume de Dios y el sagrario de un fruto.

Por temor algunos quisieran ampararla, defenderla, encerrarla en corazas de prudencia humana, sin darse cuenta que, a pesar de la posible buena intención inicial — pero falta de fe sobrenatural — fatalmente habría que pagar algún precio por tal prudencia

→

y no sería otro que el de convertirla, finalmente, en corista de adulaciones pagadas, en propagandista de ideales ajenos al Evangelio, cuyo error y falsedad recapituló san Juan en la gran prostituta del Apocalipsis.

Pero la Iglesia es como una flor. "Como una flor en los campos" del mundo...; como las flores que sirvieron a la parábola de su Fundador, que ni para sí ni para los suyos buscó más prudencias o amparos. Lo fatal del dolor y del mal ya se conjuró en Cristo. Ya, a partir de él, no hay mal ni muerte que pueda dañar a los que le sigan con fe, con fe viva. Y esos seguidores forman la Iglesia, cualesquiera que sean los añadidos y la comparsaría equívoca, en este mundo ambiguo.

Como a una flor le ha de dar el viento, la lluvia y el sol. Y "no será para muerte", sino para que se limpie, para que crezca, para que se agilice, por encima de las piedras que puedan

herir su tallo y por encima del estiércol que se pudre. No se desprenderán sus pétalos; las uñas del viento podrán arrancarle solamente las costras que le han puesto los pecados de los hombres, pero sin robarle nada de lo que Dios le ha dado. Ella es quien guarda el mensaje de libertad y de vida, de amor, de perdón y de gracia, en gran parte todavía inédito porque nos falta fe para reconocerlo mejor; pero ya, con su perfume, nos anticipa el don. Un don para el mundo, para cuantos creamos y para cuantos crean, cerca o lejos de nosotros.

Mientras tanto, hasta que no llega el verano — la cosecha de Dios —, somos todos, en la primavera del tiempo, en esa Iglesia en la que vivimos y estamos, en esa Iglesia que formamos con nuestra fe vacilante y nuestros pobres afanes, gozando y sufriendo, esperando y amando, como una flor. Lo ha dicho san Pablo: «Somos, en el mundo, el buen olor de Cristo».

La vida de la Iglesia, semana tras semana,
sígala a través de

vida nueva

Encontrará en ella una información objetiva, puntual, dinámica y... cristiana, liberada de tendencias ajenas al Evangelio. Como medio de información cristiana, hoy por hoy, es lo mejor que tenemos en España. Si todavía no la recibe, suscríbese pidiéndola a

Propaganda Popular Católica

Acebo, 54

Madrid (16)

o a una librería religiosa

Juzgar a la Iglesia

HABRÍA menos confusiones, cuando se habla de la Iglesia si, en primer lugar, el que emita juicios sobre ella, aclarara si es o no es cristiano. Ni hay que servir a dos señores, ni hay que servirse de dos medidas, y confundirlas.

Para un cristiano la Iglesia es siempre, ante todo, una comunidad de fe y de vida en Cristo. Otros conceptos que se le apliquen, u otros aspectos bajo los cuales se la considere, son erróneos o incompletos, posibles en quien carezca o renuncie a la fe, pero inadmisibles en quien diga honradamente que la profesa. La fe es libre: se acepta o se rechaza, pero no es lícito blasonar de ella sin aceptar la responsabilidad integral de su profesión.

La Iglesia y la libertad

La Iglesia ha de predicar la fe, y de manera íntegra y lo más clara posible; pero no puede exigirla contra la libertad de nadie. Precisamente el aspecto de la libertad es el que la pone en contacto y servicio de todos, fieles o infieles. Y ha de reclamar siempre, tanto para ella misma como para todos, esa libertad indispensable para el respeto y desarrollo de la dignidad humana. Ella, sin mutilar su propio mensaje, no puede aceptar una libertad solamente para sí — que tampoco sería libertad —, donde al mismo tiempo no se reconociera a los demás, de cuya opresión se haría cómplice; ni inversamente puede resignarse a la postergación a que libertades incompletas puedan reducirla. Donde haya libertad para todos, también la hay para la Iglesia, que no necesita ni tiene nada más que pedir.

Las discusiones sobre la naturaleza de la misión de la Iglesia que ella no puede, sin pecado, hacer prevalecer por la coerción de la fuerza, serían con facilidad evitables si estos conceptos permanecieran claros en la teoría y realizables en la práctica. Y los juicios no lo serían de la Iglesia, sino más bien de los mismos hombres que la juzgan o de los que la componen.

Pero aquí surge otra necesidad de clarificación. En amplias zonas a las que podemos clasificar genéricamente como de "cristianismo sociológico", surgen muchas voces irresponsables, o maliciosas, o simplemente ignorantes. Basta pedir alguna aclaración sobre lo que entienden por "Iglesia", para que con dificultad nos digan lo que quieren significar: las más de las veces será la jerarquía, otras determinada institución que estiman monopolizante, otras un partido que se declara o apellida cristiano...y, puesto que formulan acusaciones, se excluyen lógicamente ellos mismos del concepto de Iglesia. Tienen derecho a excluirse; pero con la condición de que, para acusar, no hagan recurso al Evangelio, sino simplemente al común denominador de los derechos humanos salvada la libertad de todos. La mezcla es demagogia, o encubre resentimientos

→

difíciles de confesar. Es evidente que, quien quiera que sea entre los que se declaren cristianos y no respete ese presupuesto elemental, es un falso cristiano.

La inercia sociológica de tantos seres desentrenados para la responsabilidad, sensibles únicamente a los estímulos más primarios, acostumbrados a la cómoda proyección centrifugadora de deberes, o de verdades que incluyen deberes inmediatos; un cristianismo más o menos conocido como doctrina, vivido sólo a ratos como sentimiento, soportado a veces como moral, adheridos a él como en bandería combativa, u ostentado fanáticamente como color de clase, no es un cristianismo que "hace Iglesia", no es Iglesia de Cristo.

¿Sobran o faltan cristianos?

Entonces, ¿no hay cristianos, o sobran cristianos? . . .

Cristianos verdaderos — sin exigir que desciendan del cielo —, cristianos que honradamente acepten y se esfuercen en tomar la fe en el Evangelio como levadura de su vida, no sobran. Pero sí sobran dominaciones y ostentaciones, por lo demás innecesarias para la fe de todo creyente, que no responden a la verdad, y que hacen sobrero y falso el apellido de cristiano o católico. Cristo se sentiría avergonzado entre los que así, abusivamente blasonan de conocerle, que si sintieran cerca su presencia, tal vez también le acusarían. . . otra vez.

La Iglesia, que es el rostro prolongado de Cristo en la Historia, discurre por su camino acumulando el misterio de su Fundador, que fue y sigue siendo contradicción para el mundo. Contradicción esclarecible solamente por la fe, que le descubre en el rostro de la Iglesia.

La Iglesia que buscaba y encontró Newman

Newman, en su inquietud por descubrir ese rostro auténtico, cuando no podía, desde el anglicanismo, admitir la identidad de Cristo en una organización eclesiástica que juzgaba demasiado dependiente del Estado, pero que, por otro lado, recelaba de la Iglesia de Roma como de una degeneración del Evangelio a través del influjo y prejuicios subsiguientes del imperialismo romano, se asomó a la Historia de los primeros siglos de la Iglesia de Cristo, y se detuvo en aquella gran crisis del siglo IV, cuando, como una consecuencia de "una paz excesiva", el mundo contempló el paso de la mayoría de obispos a la herejía, tras los pactos temporales con los poderes seculares que así les repartían honores y prebendaban sedes. La consideración de la crisis arriana, que ha sido, de todos los tiempos, la mayor amenaza jamás sufrida, históricamente, por la Iglesia, ante la gran defección jerárquica, temporalizada, politizada, despertó en él todavía más vivo, el deseo de acercarse, dilucidando contradicciones, al rostro de la verdadera Iglesia, y finalmente creyó encontrarlo en el catolicismo.

Ya en el catolicismo, respecto del cual se sentía profundamente enamorado y evangélicamente crítico, le pareció que la Iglesia de Cristo era como un ser que está en continuo crecimiento, hasta de la verdad, que no monopoliza, sino que busca con datos sobrenaturales. Su vida y sus obras, admiradas o discutidas en su tiempo, son ahora punto de convergencia entre cristianos, y Pío XII



pudo decir que a Newman «no sólo le veríamos santo, sino doctor de la Iglesia».

La Iglesia como simple institución es manejable, montable y desmontable; pero no lo es como rostro de Cristo, como hermandad de creyentes que, desde las sombras buscan la luz, que desde el tiempo, y sin despreciar el tiempo, camina hacia la eternidad, porque en su tiempo ya comienza la eternidad. . .

La Iglesia camina en el tiempo, aumenta y precisa su verdad, se purifica y busca cómo perfeccionar su estructura, pero no puede impedir que el polvo del camino le salpique: ella es para los hombres, y tiene una dimensión humana, con cuya debilidad no pacta, pero siente y se esfuerza en ir superando.

Los cristianos, todos, somos Iglesia

La Iglesia, para un cristiano, para un creyente, no es algo fuera de sí mismo. Hay posiciones de enjuiciamiento y de crítica como si quisieran decir: «Bien, yo creo, pero que la Iglesia se perfeccione y, cuando sea lo que coincide con la perfección que espero, ya me uniré a ella». Esa actitud es injusta, egoísta y de aprovechado. La Iglesia no es como las sociedades de este mundo, y así la juzgamos muchas veces. La Iglesia es, somos, los creyentes, que desde la pobreza de nuestras fuerzas, caminamos y crecemos en la riqueza de la gracia de Dios. «Desde las sombras a la luz», como decía Newman.

La Iglesia se hace. Cuando algo ocurre en ella, cuando de ella se hable, el fiel ha de observar lo que la fe le descubre, y no las descripciones o señalamientos interesados de los que carecen de fe y otra cosa no pueden hacer que tratarla, en lo que tiene de rostro de Cristo, a lo más como Pilatos trató al Señor.

Sinceridad de la fe

«Desde las sombras a la luz», pero también, como Newman dijo de sí mismo, «sin pecar contra la luz», en sinceridad, honradez y lógica. Que pueda ser sincera y que seamos sinceros con ella. Sinceridad para proclamar la verdad, la justicia, la libertad y el amor entre los hombres, pediría otra vez Juan XXIII; que no es poca tarea si se lleva a cabo sin recortes. Fuera de esto, que le es esencial, sólo cabe considerar equívocamente a la Iglesia como una organización humana, o poco más que humana, que ejerce o se inhibe, que acompaña o se opone al poder, a la riqueza, a la sabiduría y técnicas terrenas, lo cual sería una falsedad o sería falsearla, porque nos daría una imagen suya contraria a la que recibe del Evangelio y mutilaría, en la práctica, su mensaje.

Hay que aclarar, una vez más, que la Iglesia no es solamente la jerarquía, sino la comunidad de bautizados que pasan por el mundo en el esfuerzo sincero por vivir la vida de Cristo y proclamar, con palabras y la misma vida, su mensaje. Por eso, a la luz de la fe, el cristiano, si acusa a la Iglesia, se acusa a sí mismo. Y la reforma, en la medida en que él se supera y corresponde a la autenticidad de la fe que abraza, con una coherencia vivida, y no como preocupación de perfeccionamiento meramente individual, sino con ansias y trabajos de transformación del mundo en el bien, y así es anuncio del Evangelio y denuncia de los males del mundo, participando en la inacabada contradicción que

→

Cristo fue y sigue siendo por la Iglesia, en la dimensión temporal y peregrinante que constituye nuestra inmediatez.

Una visión totalizadora

Sobre todo, para emitir un juicio sobre la Iglesia de Cristo, no puede prescindirse de un sobrenatural esfuerzo de síntesis valorativo de su totalidad —lo reclama la misma nota de “catolicidad” que le es propia—, porque juzgarla por sólo una o alguna de sus partes en el espacio o en las personas, aunque fuesen éstas muy significativas —por ejemplo de la misma jerarquía, como ocurrió con la crisis arriana del siglo IV—, nos conduciría a lamentables errores en serie, tanto prácticos como teóricos, falsamente atribuibles a la verdadera Iglesia de Cristo, que si es indefectible en su conjunto, no lo es en cambio en sus partes ni en los hombres que la componen. La Iglesia, cuya misión esencial es la de transmitirnos el anuncio del Evangelio, no nos ahorra el ejercicio de la fe, que ha de superar las incidencias falibles por humanas, mezcladas en esta transmisión. Lo cual, precisamente, nos fuerza al ejercicio de esa virtud fundamental, para que en verdad libre y personalmente aceptemos el mensaje de Cristo por él mismo. Nada puede ocurrir que haga imposible la fe, y basta tener un poquito de fe, “pequeña como una semilla”, pero limpia y sincera, para que todo se nos traduzca en ocasión purificadora y acrecentadora de esa visión sobrenatural que por fuerza hemos de reconocer que la Iglesia ha transmitido, por encargo de Cristo, también a nosotros.

Es con los datos que ella nos suministra con los que vamos comprendiendo cómo hemos de edificar nuestra vida cristiana y cómo hemos de perfeccionar y construir la misma Iglesia, que somos todos los creyentes. ■

El mundo es siempre corrompido. Allí donde ha invadido a la Iglesia, ha profanado la religión y se ha convertido en manantial de actitudes blasfemas... Tal como ocurre en las corrupciones y en las debilidades que alcanzan aun a los hombres buenos. Cuando estas debilidades se emparejan con el absolutismo de la fe, conducen a acciones faltas de lógica, a la superstición, a la violencia.

De una carta del cardenal John H. Newman, C. O. ,
conservada en el Oratorio de Birmingham. 15. 10. 1874

UNA NUEVA PRIMAVERA

EL cardenal Suenens, primado de Bélgica, imagina la historia del pueblo de Dios como una sucesión en la que se alternan o concurren, por estratos o épocas de su existencia, situaciones parangonables con la sucesión o la alternancia de las estaciones. Sucesiones o tránsitos no exentos de dolor, pero siempre finalmente beneficiosos. La primera gran crisis cristiana —las demás son ondas concéntricas de su impacto en el tiempo y en los hombres— fue el drama del propio Cristo, que trajo el florecer inmediato de la primera generación de la Iglesia. Otras serían el arrianismo, desembocando en la fe del medioevo; el humanismo, el renacimiento, de los que surge, a pesar de la profunda escisión protestante, una mayor universalización; más tarde los progresos cada vez más sorprendentes de la ciencia, la tecnificación y transformación de la sociedad moderna... Siempre con dolores, pero surgiendo de ellos signos esperanzados que cuajan en frutos de purificación y de bien.

También ahora estamos, dice el cardenal, en una nueva primavera cristiana. Se fija en esas multitudes de jóvenes que se interesan, de un modo nuevo y desgarrado, por la figura de Cristo, el *Jesus people*, el movimiento *Pentecostal*, la inquietud y la búsqueda renovadora en filosofía y en teología. Todo lo cual, aunque no siempre pueda presentársenos con absoluto acierto, nos dice en nuestros días algo parecido a lo que Juan Bautista decía en los suyos: «Mirad, se acerca el que nos quita los pecados», los errores... Es una voz, y hemos de prestar oído a esta voz.

En primer lugar, entre los mismos que creemos en Cristo, el Espíritu de Dios se muestra activo en todas partes, y quiere que los cristianos caminemos juntos, aunque experimentemos la gran dificultad de preparar la unidad ecuménica que se aproxima.

Frente a los no creyentes, hemos de darnos cuenta, señala el cardenal, de que el mundo está pendiente no ya de lo que decimos con nuestros labios, sino de lo que le decimos con nuestra vida. Nos contemplan los que no tienen fe y, aunque no saben decirlo, ellos desean ver a Jesús.

Y he aquí la cuestión vital para los cristianos de hoy: es la misma que puso a sus discípulos cuando les preguntó: «Vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Cuestión vital porque todo depende de la respuesta. Y demasiados cristianos son solamente cristianos sociológicos, producto de un ambiente más que de una convicción personal, mientras que de hecho Cristo debe ser la gran decisión de mi vida, de mis sufrimientos, de todo mi ser.

Esa voz del mundo de hoy clama para aceptar a Jesús de una manera personal. El cristianismo de hoy ha de ser un compromiso personal con Cristo.

■

Hasta que vuelva

NO predicamos el dolor, sino la vida y el amor. Pero hay un Mar Rojo de sufrimientos, de dolor y de muerte, prefigurado en la angustia de aquel pueblo itinerante que huía de la persecución poderosa de los egipcios en busca esperanzada de la Tierra Prometida. Aquel mar quedó estrecho comparado con la anchura del dolor de Cristo. Sin embargo, todavía queda dolor en el mundo, como un complemento a la pasión del Señor; pero es dolor que ya no se pierde, unido al suyo, y que, como el suyo, hace Iglesia.

El cristiano, por el bautismo, se sumerge en el misterio de muerte y de vida del Señor, por el cual todo es redimible en bien. Ser bautizado no quiere decir poseer una conexión talismánica con la felicidad eterna, de un modo tan gratuito como mecánico. Ser bautizado quiere decir abrazar la fe que da al camino del hombre en el tiempo, ya desde aquí, una participación en el misterio de vida y de muerte del Señor Jesús, que no es solamente una creencia, sino una experiencia personal, hermanando la vida del cristiano con la de Cristo. Si la fe no es para la vida, la fe no es viva. Pero si es para la vida, ya desde aquí comienza una anticipación de bienaventuranza: está en esta Iglesia que surge del dolor cristiano, lavada incesantemente en sacrificios, purificada con adversidades, pero incesantemente rejuvenecida y radiante de la reverberación de Cristo Resucitado, vencedor de la muerte y luz del mundo.

Por esto la Pascua, la fiesta de la Resurrección de Cristo, es la gran fiesta cristiana, centro de todos los misterios del Señor y cima de todas las celebraciones, hasta el punto de que éstas, a través del año, no constituyen otra cosa, en realidad, que una cadena incesante de conmemoraciones pascuales, renovadas siempre en memoria del Señor, "hasta que vuelva", y la presencia, la posesión y la vida hagan innecesario el recuerdo. ■



La plenitud del Evangelio

SI dijéramos que la Iglesia fundada por Cristo, es solamente un órgano de conservación, de transmisión y de explicación de las enseñanzas del Evangelio, nos olvidaríamos de lo más importante: la Iglesia es también, y sobre todo, el cuerpo vivo de Cristo, es decir, una encarnación de sus enseñanzas. Ella predica a Cristo con la palabra, pero su mensaje incluye la propia vivencia del Evangelio por quienes la componen, sin renunciar a la aspiración sincera de su total exigencia, de acuerdo con el ejemplo del mismo Señor, de Cristo.

Pero la totalidad del Evangelio, como anuncio de palabra y de vida, se ha de descubrir en el entero pueblo de Dios considerado en toda la duración de la historia. En la Iglesia, el Evangelio pertenece a todos y todo cuanto hay en él contribuye a la redención y santificación de todos. Por eso es imposible mantener, según el Evangelio, cualquier clase de discriminación en cuanto a la fuerza de sus exigencias para los cristianos: su radicalismo alcanza a todos. El Evangelio tiene una única "puerta", Jesucristo, que es tan grande como la totalidad de la "estancia". San Pablo recordará (*Gál. 3, 28*): «Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús».

Sin embargo, no podemos olvidar que ningún cristiano, considerado individualmente, ni ningún grupo especial de cristianos es capaz de encarnar en su totalidad el Evangelio. Aun presuponiendo las condiciones

óptimas, no es posible ir más allá de lo que pueda ser una plenitud relativa: es el límite o el umbral impuesto por los fallos, las dificultades momentáneas, las imprevisiones, las oposiciones o las persecuciones, inevitables y propias de la condición humana temporal y finita.

La plenitud del Evangelio como realización expresada en la vida del pueblo de Dios, solamente ha de darse auténticamente en el *todo* de su historia, que va desde el origen del mundo hasta su gloriosa consumación final. Con la fe hay que abarcar ese origen y este final.

Pero en el seno de la Iglesia que se dirige, purificándose, hacia su eclosión gloriosa, en la identificación con Cristo, se encuentran muchos hombres y mujeres que siguen más de cerca al Señor y dan más evidente testimonio de él con sus renunciaciones que les hacen espiritualmente más ágiles en la libertad de los hijos de Dios, como dice el Concilio (*L. G. 42*). Estos cristianos son los llamados por el Espíritu para que se manifiesten mejor a todos los bienes del cielo, la vida nueva y eterna que anuncia la resurrección futura y la gloria del reino de Cristo (*L. G. 43*). Estos cristianos hacen suyas las palabras del evangelista san Lucas (*20, 34-36*): «Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que alcanzan desde aquí el tener parte en el otro mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer, ni ellas marido, ni pueden ya morir,

→

porque son como ángeles, y son hijos de Dios, como hijos de la resurrección».

Por eso Pablo VI, refiriéndose a los que siguen el llamamiento de Cristo a la vida evangélica, ha dicho: «¿Quién se atrevería a sostener que tal llamada no tiene hoy día el mismo valor y vigor; que la Iglesia podría prescindir de estos testigos excepcionales de la trascendencia del amor de Cristo, o

que el mundo podría indemnemente dejar apagarse estas luces, las cuales anuncian el reino de Dios con una libertad que no conoce obstáculos y que es vivida diariamente por millares de sus hijos e hijas?» (*Ev. test.* 3).

La vida evangélica así afectada no forma parte, ciertamente, de la estructura jerárquica de la Iglesia, pero sí pertenece, de manera indiscutible, a su vida y a su santidad (*L. G.* 44). ■

MATRIMONIO Y CELIBATO

Ciertamente, matrimonio y celibato son para los cristianos dos absolutos: un Sí que exige la fidelidad de una vida entera. El uno y el otro pueden ser vividos de manera puramente sociológica, si prevalecen el egoísmo, la instalación y los conformismos. Para que el sí siga siendo un sí, y el no un no, hacen falta una nueva creación y un alumbramiento nuevo, día tras día, a causa de todas las resistencias que se oponen en el hombre a una fidelidad esencial por Cristo y sólo por Cristo.

Para muchos hombres y mujeres en el matrimonio lo mismo que en el celibato, existen momentos en los que el amor ya no es posible momentáneamente. Para guardar la fidelidad queda entonces el lenguaje de este pedagogo que es la ley. No me gusta esta expresión en lo que puede evocar de represión y también de juridismo. Sin embargo, la ley puede ser un pedagogo, como dice el Apóstol, con tal que se haga de ella un uso provisional, hasta el día en que el amor de Cristo brota de nuevo espontáneamente, y permita recobrar una fuerza dinamizante y el espíritu de fiesta.

Roger Schutz, Prior de Taizé

¿Crisis de vocaciones?

EL domingo, día 23, de este mes de abril, en pleno tiempo pascual, como en otros años, se va a celebrar la IX JORNADA MUNDIAL DE LAS VOCACIONES. A diferencia de otras de carácter más particular, aunque populares — como entre nosotros la de san José, para el Seminario —, esta Jornada es, por voluntad del Papa, una manifestación espiritual y única de carácter universal, tanto porque se extiende a todo el mundo, como porque comprende todas las vocaciones de especial consagración. Ello nos mueve a un comentario sobre las vocaciones, lo que, por otra parte, no es nuevo en estas páginas.

Desnivel proporcional

Estadísticamente es cierto que al paso que aumenta el número de los bautizados, disminuye, en proporción, el de vocaciones, sea para la vida evangélica, o para el sacerdocio. ¿Debido a qué? No podemos entretenernos en un análisis, ni siquiera muy breve, de los principales factores: atravesamos una crisis histórica que nos obligaría a múltiples consideraciones que repercuten en todos los aspectos de la vida humana —más problemas tiene, por ejemplo, la vida familiar que la sacerdotal o religiosa, y más conflictos e incertidumbres la política, económica y social en todas partes, que la estructura de la misma Iglesia—.

Diremos, no obstante, una palabra sobre la primera impresión que sacan los que han estudiado este fenómeno: lo atribuyen en primer lugar, y principalmente en ciertas zonas de la Iglesia —por ejemplo la nuestra—, al hecho de la nueva y segura promoción social y cultural que hoy se puede alcanzar en los medios rural o proletario —de donde provenían la mayor parte de vocaciones— sin necesidad de acudir a un seminario o a un convento. Es verdad que esto sería tanto como suponer que buen número de vocaciones se habían logrado con el aliciente de una mejora social y cultural, aunque con ello no lleguemos a afirmar que el móvil último y determinante haya sido ese interés humano y temporal. El hecho que, por lo común, más de las tres cuartas partes de los que habitualmente ingresaban en seminarios y casas de formación, las abandonarían o fuesen despedidos antes de asumir los compromisos definitivos, no debe olvidarse. Lo cual no puede considerarse, sin más, como una acusación de “aprovechamiento” de las clases más humildes —muchas veces precisamente todo lo contrario—, ni menos una alabanza de los social o culturalmente más afortunados, que no han sido los que más vocaciones han dado a la Iglesia.

De todos modos, esta causa de descenso —que ha sido la más decisiva—, nos permite concluir que la facilidad social para promocionarse en campos ajenos al seminario o casas religiosas, se ha de traducir en un bien para el progreso de las verdaderas vocaciones. Porque, en este aspecto, como diría san Ignacio, es más cierto que las vocaciones serán “sin mixtión de carne ni de otra afección alguna desordenada”. La Iglesia saldrá ganando. →

También es posible que hayan podido influir, si no en la falta de vocaciones, sí por lo menos en la desestima del sacerdocio y de la vida de profesión evangélica, en espíritus culturalmente indefensos, la desorientación causada por ciertos medios informativos, por la selección y deformación de noticias tendentes al desprestigio de la Iglesia que, aunque presentadas con fingido celo por la misma, son parte de una larvada campaña de resentimiento hacia ella por los que no están dispuestos a admitir la evolución que, inspirada por el Evangelio, lleva a cabo, en especial desde el Concilio, por lo que más de cerca nos afecta.

Vocación sacerdotal y vocación a la vida evangélica

La vocación sacerdotal no se identifica necesariamente con la vocación evangélica o religiosa. La primera está ligada a la dimensión ministerial y sacramental del pueblo de Dios. La segunda, en cambio, brota de modo inesperado e imprevisible al soplo del Espíritu, entre el alma y Dios: existe para ésta una interpelación misteriosa y experiencial del Señor, y la Iglesia jerárquica se limita a discernir, a probar, a regular y no asfixiar el impulso carismático de la vida de consagración.

En cambio, la vocación sacerdotal nace de una necesidad eclesial, de la necesidad de tener ministros de la comunión eclesial y, en realidad, es una llamada de la comunidad a uno de sus miembros, de la Iglesia a un individuo para que le sirva. Hacer demasiado hincapié en la escasez de sacerdotes, o en la penuria de vocaciones para el sacerdocio, puede ser incluso un tanto ambiguo. No ha faltado quien ha hecho notar que, en realidad no hay más problema de vocaciones sacerdotales que el que la legislación de la Iglesia pueda crear con su ampliación o reducción de condiciones para dicho llamamiento. Sabemos que en la actualidad las leyes de la Iglesia están sometidas a revisión y que ésta se lleva a cabo con rectitud de miras y bajo la providencial asistencia prometida por el Señor. Todo lo cual debe infundirnos confianza ante el futuro, y desechar angustias que sólo pueden venir de consideraciones o de intereses humanos. Sí, hay que pedirle a Dios que en la comunidad de sus hijos, no sea sofocado el aliento de santidad, el espíritu de profecía y de generosa disposición para el servicio del Señor y de los hermanos. Pero Dios vela por su Iglesia y tendremos siempre más de lo que merecemos, porque es rico en bondad y misericordia.

Procuremos, de todos modos, merecerlo. Existe una manera que resume todo lo bueno que podamos hacer para ello: trabajemos en la formación de verdaderas comunidades cristianas, en la educación de la fe, en la apertura de las exigencias evangélicas. La vocación entonces, profética o ministerial, surgirá espontáneamente donde haya comunidad verdadera, o donde exista un corazón en el que despierte este deseo de edificar la comunidad con vehemencia definitivamente sobrenatural.

Esta jornada que se prepara debe ser una ocasión para que todos reflexionemos, en lo que a todos —somos, debemos ser “comunidad” en la Iglesia—, sin excepción, interesa: ante nosotros mismos, ante Dios, ante el mundo y ante la misma Iglesia. ■

EL BUEN EJEMPLO Y EL MAL EJEMPLO

NO nos proponemos, por supuesto, hacer la apología del mal ejemplo: es un escándalo para los débiles, o les retrasa, por lo menos, para el bien, que viene a ser lo mismo. Para quienes tengan la conciencia formada o capaz para discernir lo bueno y lo malo, la cosa ya varía mucho más y se impone relativizar la influencia tanto del “buen ejemplo” como del “mal ejemplo”.

En esta época de tantas críticas, favorecidas por el espíritu de sinceridad —ciertamente encomiable— que abunda o se invoca por doquier, lo peor de las críticas no puede ser su formulación: diagnosticar un mal, de manera seria y objetiva, es el primer paso para poderlo remediar, y apuntar a un bien mejor es la primera condición para ir a su encuentro. El peligro y el pecado estaría en que, a fuerza de señalar el mal ajeno, descuidáramos de hacer el bien que está a nuestro alcance y, sobre todo, que tomáramos la “falta de testimonio” —como ahora se dice— de los demás, como razón de excusa propia. No hay que aprobar el mal, quienquiera que sea su autor, pero siempre será cierto que, en la medida en que seamos capaces de verlo —reconocido en nosotros o descubierto en los demás— somos, por eso mismo, igualmente capaces de repararlo o de subsanarlo redoblando nuestra entrega al bien, sin posibilidad de inhibir la responsabilidad ante su malogro, o retraso, o incompletez.

No puede admitirse, pues, el achaque retrocesivo invocado como excusa propia por los que son capaces de advertir cualquier mal ejemplo. Cuando alguien se da cuenta de que el bien es despreciado o simplemente frustrado, ese alguien ya no puede incluirse entre los bloqueados para el bien todavía posible: traicionaría la propia clarividencia, “pecaría contra la luz”. La responsabilidad ajena no puede incidir negativamente en la propia. Todo lo contrario: el espectáculo del bien es un incentivo gozoso para mantener y acelerar nuestra generosidad; la contemplación del mal, un acicate doloroso para doblarla, y acudir donde otros no acuden, supliendo negligencias. En la concepción cristiana del mundo siempre es más posible el bien que el mal, siempre es posible “vencer el mal con la abundancia del bien”, como nos recordaría san Pablo, o, parafraseando a san Juan de la Cruz, “donde echéis de menos el bien que buscáis, poned vosotros mismos el bien que falta”. La crítica es buena si nos conduce a eso.

En cambio se ribetea de fariseísmo la que, con falsa humildad, se ampara en el lamento del escándalo, recargando las responsabilidades ajenas para relevo o alivio de las propias. Es un fenómeno de proyección. Las profundidades

→

del ser humano, exagerando o previniendo la propia defensa, posee mecanismos en los que se mezclan borrosidades primarias subconscientes con claridades lúcidas y responsables, que si no siempre se justifican, por lo menos explican la posibilidad de muchas contradicciones en las actitudes y en los juicios frente a los demás. Un simple, un mediocre, una personalidad débil puede reaccionar inhibitoriamente tanto frente al bien como frente al mal; o al revés. Puede, por ejemplo, decirse: «como los demás hacen el bien, ya no hace falta que lo haga yo»; o también: «como los demás hacen el mal, ¿por qué he de singularizarme yo haciendo el bien?». Etcétera.

Pero no así una conciencia responsable y equilibrada, máxime si está iluminada por la fe: le alegra ver el bien en los demás y le anima en la perseverancia; le duele ver el mal y reacciona redoblando su generosidad para repararlo sobreabundantemente. Siempre será verdad evangélica que «los ojos limpios lo ven todo claramente, y los tenebrosos todo oscurecido». Depende más de quien mira que de lo que se mira.

Idólatras, nos hacemos falsos dioses que representen un bien lejano y no exigible; egoístas, buscamos víctimas —válidas o ficticias— para acumular a sus culpas nuestras inhibiciones. Ni en la adulación, ni en la exigencia somos justos. Adulamos para poder exigir; exigimos para poder acusar, y acusamos para ocultar o diferir la propia responsabilidad, para huir.

Frente a lo que decimos “mal ejemplo”, agotadas otras razones, terminamos con la última: «es que fulano, por su condición o por su cargo, tiene más obligación que otros». Es posible; pero ello no nos exime y sigue reforzando nuestro subsidiario esfuerzo, nuestra mayor obligación: ¿por qué no yo he de hacer lo que otros olvidan, o no saben, o no pueden, o no quieren?... ¿Por qué no yo? Si me doy cuenta es que soy capaz de hacerlo: si es un bien y soy capaz, pecho contra el amor si no lo hago. Dios jamás puede permitir un mal sin que pueda ser causa de bien, de mayor bien. La fatalidad no existe.

El buen o el mal ejemplo, para una conciencia normal, equilibrada, no está en lo aparentemente positivo o negativo de cuanto se contempla, sino en la respuesta siempre positiva de nuestra propia reacción. Esto es lo razonable y lo cristiano. ■

Nuestro mundo es un mundo de luchas y de vicisitudes en la lucha. ¿Qué es la historia de la Iglesia sino el relato de las incidencias de una batalla espiritual que aparece siempre incierta, aunque sepamos que el resultado no lo será? Apenas hemos cantado el *Te Deum*, ya necesitamos continuar nuestro *Miserere*. Apenas estamos en paz cuando se nos persigue de nuevo. Nuestro avance se realiza en medio de contratiempos, y las penas son nuestros consuelos: perdemos a Esteban para ganar a Pablo, y Matías reemplaza al traidor Judas.

Así sucede en todas las épocas. Así ocurre en el siglo XIX como sucedía en el IV, y así sucederá hasta el fin.

John H. Newman, C. O.

LA PAZ, SIN MIEDO

PÍO XII había dicho que «la paz más que un bien, es la suma de todos los bienes». Es verdad que todos los hombres quieren la paz: ella resume todas las aspiraciones posibles del corazón humano, y a nadie puede pedirse ningún sacrificio ni privación si no es con la promesa de algo que en la paz se contenga. No es muy difícil estar de acuerdo con el deseo de la paz; la dificultad surge cuando hay que definir por qué medios se ha de conseguir o cómo se ha de guardar. No se trata solamente de una dificultad dialéctica, sino de poner en juego la verdadera paz, fácilmente degenerable.

Si el Evangelio es un “anuncio de bien” y si este anuncio comenzaba a partir de la Resurrección de Cristo, no puede sorprendernos que sus palabras a los apóstoles sorprendidos de volverle a ver, después del miedo del Calvario, sean un mensaje de paz, el más colmado. La paz no es solamente su saludo, sino su promesa, su don: «No tengáis miedo: la paz sea con vosotros».

Antes, del Cenáculo a Getsemaní, ya les había hablado de “su paz y de la paz según el mundo”. Eran paces diferentes. La suya excluía el miedo: no era la paz de la muerte, o de la vuelta a la muerte, o de la amenaza de la muerte: éstas son las falsas paces del mundo. Él trae la paz de la vida, de la vida resucitada, invulnerable a la muerte. Sin miedo.

Las paces según el mundo, son paces en función del miedo. Sus árbitros las imponen por la fuerza que se hace temer — Napoleón decía: «No aspiro a ser amado; me basta ser temido» —, o la ofrecen sin alternativa posible, como liberación de males reales o supuestos, que dan miedo y se quieren evitar, sin tiempo para la reflexión. Ninguna guerra es tan siniestra que no se encienda con promesas de paz; y ni siquiera es posible culpar únicamente a los que fueran más grandes protagonistas de sus males. Los egoístas que recortaban el valor universal de la paz, para reservarse “paces pequeñas” para sí, vendían su silencio a Napoleón, a Hitler..., con tal de mantener la seguridad de sus apogos terrenos — sin importarles que fueran seguridades a corto plazo: ¡la vida también es breve! —, o se avinieron a pactos de violencia ante la codicia de ventajas o recompensas fáciles, es decir, injustas. Recompensas de riqueza, de prestigio o de participación en el poder.

En cuanto a las multitudes, o se les da el “pan y circo” de los romanos, o se las enardece para que acudan a las batallas y mueran por defender ambiciones ajenas. La historia está colmada de aberraciones y violencias colectivas, tintadas de falsas promesas mesiánicas, tal vez posibles porque ese también colectivo deseo de seguridad y de paz multitudinario, era explotado por la

→

artera lucidez de unos pocos que dominaban el mundo, y le prometían la paz, pero después de la guerra; o le asustaban con la amenaza de la guerra, después de la paz. La paz del miedo.

«No tengáis miedo: la paz sea con vosotros». Es una paz que no necesita de la fuerza, que no se mantiene con la amenaza, que no se conquista con la guerra. Ésas son las paces de los hombres: falaces, precarias, ambiguas. La paz de los reinos del mundo, no la paz del Reino de Dios, «reino de verdad, de vida, de justicia, de amor y de paz», como canta la liturgia católica. En la medida en que los reinos del mundo se acerquen a la verdad, a la justicia y hagan posible el bien, dispondrán el camino de la paz entre los hombres. La paz de la verdad, es decir, el respeto por la inteligencia ajena, sin engaños, sin manipulaciones mentales; la paz de la justicia, es decir, el reconocimiento y la práctica de la igualdad y libertad entre todos los hombres, y la paz del amor, es decir, de la fraternidad universal con el estímulo y la comunicación del bien que se edifica en busca de la coincidencia con Dios. Y los hombres, tengan o no tengan a Dios como objeto de su fe o dato de su inteligencia, se acercarán al ideal del Reino de Dios, que ya se prepara en esta vida, según sea su esfuerzo para lograr esa verdad, esa justicia y, sobre todo, por vivir ese amor. Porque cuando el deseo de bien se absolutiza, coincide con Dios, el único Absoluto, aunque no sea nombrado. E inversamente, no basta el nombrarlo, si este bien no se busca.

Napoleón, al final de «su vida, como para poner epílogo a su grandeza quemada, decía: «Sólo existen dos poderes en el mundo: la espada y la inteligencia, y a la larga la espada es siempre vencida por la inteligencia». Aunque era cierto que él mismo había sido vencido por la espada. ¿Por la espada al servicio de la inteligencia?... Es posible, porque la sabiduría de los hombres puede servirse de las armas; la sabiduría de Dios jamás: es tributaria solamente del amor, del «amor que quita el miedo» dirá san Juan en su primera Carta. Por eso el Señor decía a sus apóstoles: «No tengáis miedo», porque les traía fuerza de amor, y no de espadas: la de Pedro quedó envainada, para siempre, en Getsemaní. Y no le dijo en el huerto — ya no daba tiempo — que cada vez que se le renovara a él o a otros la tentación de la violencia, convirtiera su fuego a la vehemencia del amor, al esfuerzo de la justicia, a la evidencia de la verdad. ■

Si encontrara diez hombres verdaderamente desprendidos, me vería en ánimo de transformar el mundo.

San Felipe Neri

el mendigo

IBA yo mendigando, de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carroza de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico, y me pregunté, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes.

Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado, y me detuve aguardando limosnas caídas sin pedir, tesoros derramados por el polvo.

La carroza se detuvo junto a mí. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Cuando de pronto, tú, me tendiste la diestra y me decías: «¿Qué puedes darme?».

¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! ¡Pedirle precisamente a un mendigo! Yo permanecía confuso e indeciso. Luego saqué de mis alforjas, casi avergonzado, un granito de trigo que no fuese el más pequeño, y te lo di.

Pero qué sorpresa la mía cuando, por la tarde, al vaciar mi saco al suelo, encontré un granito —el menos pequeño— de oro en la miseria de mi montón. Lloré amargamente de no haber tenido corazón para dárte todo.

RABINDRANATH TAGORE

LA PAZ, MAS ALLA DE LO QUE LOGRAN Y DE LO QUE SABEN HACER LOS HOMBRES

NUESTRA paz va más allá y quiere llegar allí donde todavía existen conflictos de guerra, odio, sangre, ruinas y armas cada vez más numerosas y mortíferas. ¡Paz, paz! Los hombres que hoy día tienen talento y medios para dar al mundo espectáculos maravillosos de progreso y organización, ¿no tendrán sabiduría y fuerza para defender y para restablecer la paz, allá donde ella está herida?

PABLO VI
Mensaje de Pascua, 1972

LAUS

Director: P. Ramón Mas, C. O. - Edita e imprime: Congregación del Oratorio
Placeta de S. Felipe Neri, 1 - Ap. 182 - Albacete - D. L. AB 103/62 - 13. 4. 72